

STARCRRAFT

# EN LA SANGRE

Matt Burns



BILZARD  
ENTERTAINMENT

BIP.

BIP.

BBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBIP.

El siervo portuario se despertó bañado en un sudor frío, como siempre. La alarma del transmisor que tenía implantado en la muñeca chillaba cada cinco segundos. Iván, el jefe, lo estaba llamando. Había llegado un nuevo producto.

El instinto tomó el control y comenzó a emitir órdenes. Las glándulas adrenales segregaron su propio estimpack en las venas. Los pulmones se le llenaron de aire. Los latidos del corazón se le aceleraron. Los glóbulos rojos inyectaron oxígeno a través de los tejidos musculares mientras comenzaba el ritual de despertarse.

El siervo se levantó del enmohecido asiento de piloto en el que dormía y se subió el cierre de un uniforme de trabajo sucio reforzado con una capa delgada de neocero que debía resguardarlo de los ataques. La sórdida luz parpadeante apenas iluminaba lo que era su hogar: la cabina de mando de una nave vieja ya destruida. Revolvió los cables desparramados por el piso con la esperanza de encontrar una ración de emergencia. No tuvo suerte.

Sentía la urgencia de obedecer al llamado de Iván, pero el ritual aún no había terminado. Tanteó el panel de control oxidado hasta alcanzar un compartimento abierto, metió la mano en la oscuridad y sacó una insignia dorada con forma de alas de piloto que colgaba de un cordel de goma. Se la puso y sintió el metal contra el pecho: frío, fuerte, tranquilizador.

Pronunció lentamente su nombre:

—Vik.

A veces era fácil olvidarlo, sobre todo cuando los días se transformaban en una cadena interminable de experiencias cercanas a la muerte.

—Yo no soy como *ellos*... Yo soy Vik.

El siervo portuario llamado Vik salió de la nave y cerró la puerta con un candado magnético. Se detuvo un momento para adaptarse al entorno y dejar que sus órganos sensoriales percibiesen el nuevo día. Una capa de miasma espesa y oscura cubría el aire hasta donde llegaba la vista. La mortecina luz del sol apenas se colaba entre los cascos retorcidos de las naves, las barras de metal y otros restos de basura que formaban las callejuelas del Puerto del Muerto. *Hogar, dulce hogar.*

La ciudad de chatarra vibraba llena de actividad, y el zumbido constante daba una falsa ilusión de vida pujante en un lugar atrapado en una decadencia perpetua. En algún sitio, los traficantes cargaban en sus naves toneladas y toneladas de hab cortado con solventes industriales para los niños ricos de Turaxis II. En otro sitio, los refugiados que pensaban que habían llegado al paraíso desembarcaban de los transportes para caer en las garras de los esclavistas.

Un día más en el puerto.

Otros siervos iban y venían en sus actividades diarias, vendiendo productos para los jefes mafiosos locales, haciendo trabajitos para casas de apuestas y burdeles o robando carga en el puerto estelar. Con la piel cubierta de suciedad y las ropas manchadas, se camuflaban a la perfección con el oscuro paisaje de hierros y metales. A los tipos de la clase de Vik se los llamaba de muchas maneras: ratas callejeras, parásitos, insectos. Vik no se ofendía. Abandonados a su merced y repudiados en una ciudad aplastada bajo las botas de la humanidad, podían convertirse en animales para sobrevivir.

*Yo soy Vik. Yo no soy como ellos...*

Comenzó a andar por las calles polvorientas a paso prudente, casi siempre mirando hacia adelante. De vez en cuando se arriesgaba a echar una mirada a los que pasaban y se fijaba si había un enrojecimiento sutil en la piel, la señal biológica inconsciente que lo alertaba sobre un ataque inminente. Se detuvo junto a un cuerpo en el que unas nerratas sarnosas de ojos rojos se estaban dando un festín. Por la apariencia, llevaba ahí un par de días. Nunca se enterraba a nadie en los callejones traseros.

Pronto tuvo a la vista el desarmadero de Iván. La antigua refinería de vespeno reacondicionada se levantaba en los confines del Puerto del Muerto. El siervo apuró el paso, aliviado por haber llegado ileso, cuando alguien lo sorprendió al doblar la esquina y lo sujetó por el cuello.

Cerró los puños y ya se preparaba para defenderse cuando vio que el agresor era otro siervo. Al igual que Vik y los demás miembros de su clase, el atacante llevaba ropas andrajosas y tenía la cabeza afeitada, con marcas de picaduras recientes de insectos. Tenía un aspecto peligroso. Y era el único amigo de Vik.

—Otra vez tarde, carajo —dijo Serj mientras lo soltaba.

—Vete a la mierda. —Vik sonrió y levantó la vista para saludar a su amigo.

Serj era enorme. Podría haber sido el matón de algún jefe mafioso pero tenía cerebro, algo que no se veía mucho en el puerto. Él y Vik se habían conocido en la calle y habían aprovechado su afición por la ingeniería, las reparaciones y la venta de mercadería para ahorrar créditos y poder irse del puerto. Habían hecho el pacto de abandonar ese lugar sin claudicar, sin convertirse en tan solo dos animales con dos patas como el resto de los siervos. Pero luego Iván se percató de su talento, los "contrató" y les implantó transmisores en los brazos. El empleo no era negociable. Vik y Serj a veces pensaban en escaparse, pero sin dinero no había ningún lugar a donde ir.

—Déjame verlas. —Serj señaló el pecho de Vik.

—¿Las quieres hoy? —respondió Vik mientras le mostraba las alas de piloto. Serj se las había sacado a un tipo que encontró muerto en los callejones traseros. Esa insignia era lo único que los había ayudado a tener esperanzas en el futuro durante los últimos años. A pesar de eso, Vik ya no era tan optimista como antes. Cada vez que empezaban a ahorrar un buen puñado de créditos, alguna banda de siervos se los robaba o se quedaban sin comida y tenían que gastar los ahorros para conseguir más. Siempre pasaba algo. La vida en el puerto tenía el poder de oprimir hasta el fondo, de quitar las fuerzas, de aplastar todos los sueños.

—No, quédatelas. ¿Dijiste la oración esta mañana?

—Claro, ¿y tú?

—Yo soy el que te la enseñó, idiota —dijo Serj dándole un empujón en el hombro—. A propósito —agregó mientras le arrojaba una ración de emergencia a su amigo—, los ruidos de tu estómago se oían desde la esquina.

Vik se encogió de hombros un poco avergonzado e hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

—No es la última que te queda, ¿no?

—Come —fue la única respuesta de Serj. Vik sabía que no valía la pena discutir. Nunca daba resultado.

Mientras comía la mezcla gelatinosa de nutrientes, notó las oscuras ojeras de su amigo. Cada día que pasaba, Serj se veía un poco más agotado, y Vik se preguntaba si la preocupación de su amigo por cuidarlo no sería una de las causas. Vik nunca había tenido una familia, al igual que el resto de los siervos, pero si el concepto de "hermano mayor" hubiera existido en ese lugar, Serj sería exactamente eso.

—Vamos. —Serj se dirigió hacia las puertas del desarmadero, abiertas de par en par—. Llegó algo grande.

Los pensamientos de Vik se aceleraron cuando imaginó la clase de artefacto tecnológico en el que podría meter mano. Los hombres de Iván habían perfeccionado el arte de la piratería selectiva, y secuestraban naves solitarias para contrabandear la mercadería. Por lo general conseguían material médico o alimentos, pero de vez en cuando pescaban algún artefacto tecnológico raro que Vik desarmaba y estudiaba antes de que su jefe lo vendiese al mejor comprador. Eran buenas épocas.

—¿Y bien? ¿Qué es? —preguntó Vik con ansiedad.

Serj se volvió para mirarlo. Había algo en su mirada... Repulsión... Inquietud... Temor.

El instinto de Vik reaccionó. *Corre.*

—Zerg.

\*\*\*\*

Vik había oído hablar de los zerg, como todo el mundo. Unos años atrás, habían aparecido en el espacio terran y habían causado el caos, destruyendo mundos y masacrando a millones de colonos. Incluso la Confederación terran, que en ese momento era el gobierno más poderoso del sector Koprulu, se había desmoronado y había desaparecido por la invasión alienígena. Los zerg eran criaturas de pesadilla, los *enemigos* de todos los terran.

Se los imaginaba más grandes.

Tres de esas criaturas, que eran la mitad de Vik en tamaño, estaban sentadas en el suelo, en el centro del desarmadero. Sus cuerpos segmentados estaban cubiertos por un grueso caparazón de púas, con varias hileras de patitas a su alrededor. En la cabeza de cada alienígena sobresalía una especie de mandíbula dentada, que enmarcaba varios ojos apagados, casi sin vida.

Junto a las criaturas había una caja de neoacero de tres metros de largo y dos de profundidad, llena de balazos. Por el hielo cristalizado que se veía incrustado alrededor de los bordes, Vik dedujo que debía ser algún tipo de congelador o contenedor criogénico.

—No parecen tan temibles. —Hutchins, uno de los mercenarios de Iván, alzó a uno de los zerg en el aire. Sus tatuajes luminiscentes contorneaban los músculos flexionados por el esfuerzo. Los otros mercenarios se agruparon alrededor de los alienígenas, formando una masa irregular de cartucheras, cuchillos, extremidades cibernéticas y armaduras abolladas.

Los siervos bordearon el grupo para buscar una mejor vista, más allá de las torres de contenedores. La sala central del desarmadero era un lugar cavernoso y húmedo, iluminado tenuemente por algunos destellos de luz. De las sombrías vigas del techo colgaban motores oxidados, sostenidos por cadenas más oxidadas aun. Durante los diez años que había estado al servicio de Iván, Vik había ayudado a arreglar y mejorar la mayor parte del desarmadero. Era su segundo hogar: una cárcel que él mismo había diseñado.

—Deja eso, es propiedad de Iván. —La voz de Jace resonó gravemente, como un motor viejo que funciona por última vez. Se adelantó entre los demás hombres mientras se rascaba una vieja y arrugada cicatriz que le cruzaba la cara de oreja a oreja.

—El jefe no va a conseguir un comprador. —Hutchins sacudía al zerg en el aire. Vik esperaba que el alienígena reaccionase y lo cortase en dos, pero solo se quedó colgando, indefenso. Era muy decepcionante—. No traficamos mercadería viva. Esto no es más que comida para perros. No tiene nada de malo divertírnos un rato.

—Ya tuviste bastante diversión. —Jace golpeó suavemente su bota contra los agujeros de bala de la caja congeladora.

Hutchins lanzó un gruñido.

—Déjame en paz. El tipo disparó y yo tuve que tirar también. No es mi culpa que haya usado su propia carga como escudo.

—Solo digo que ya hiciste bastantes méritos para hacer enojar a Iván —dijo Jace, encogiéndose de hombros.

El otro mercenario dejó caer al zerg, y Vik se estremeció cuando el alienígena se estrelló contra el piso de metal. Hutchins era novato en el grupo y ya se había metido en problemas en otras ocasiones, pero esta vez era diferente. Nadie despreciaba la propiedad del jefe. *Jamás, jamás, jamás.*

Sin embargo, Iván no aparecía. Probablemente estaba metido en su oficina, haciendo contactos y rastreando posibles compradores. De todas formas, Vik se sentía incómodo solo por ser testigo de esa desobediencia.

—Deberíamos irnos —le susurró Vik a Serj. Su amigo no respondió. Como los mercenarios, no podía dejar de mirar a los alienígenas.

Vik se dio vuelta y miró a su alrededor. Algo se movió en las sombras de un corredor que desembocaba en el lugar. *Iván...* estaba observando. Una enorme criatura de cuatro patas avanzaba silenciosamente junto a su amo.

—¿Qué les parece una apuesta entre caballeros? —Hutchins sacó una pistola y la apuntó hacia uno de los zerg—. Yo creo que mi P220 puede atravesarles la armadura. ¿Alguien quiere apostar?

Nadie llegó a responder. Iván levantó rápidamente la mano señalando al mercenario, una orden silenciosa que solo Vik pudo ver. El animal que estaba junto al jefe gruñó, pegó un salto y quedó bajo la luz. Era uno de los mastines del jefe. La bestia moteada atravesó el aire y tiró a Hutchins al suelo.

—¡Fuera! —bramó el mercenario mientras el perro le clavaba los colmillos en el brazo. Hutchins golpeó su puño contra las placas de acero que formaban la piel del animal, pero eso solo pareció irritarlo más.

Iván se acercó con calma al grupo, vestido con su característico traje negro. Al verlo junto a los mercenarios fuertemente armados tenía un aspecto benigno, salvo por los gélidos ojos que se mantenían siempre en alerta. El jefe se aproximó al lugar donde Hutchins peleaba por liberarse del perro.

—¡Yo no hice nada! —gritó el mercenario.

—No es por lo que hiciste, es por lo que pensabas hacer. Aunque no muerda, un perro rabioso es un perro rabioso. Es solo cuestión de tiempo para que una bestia así busque sangre.

—Ya entendí, jefe. ¡Ya entendí! ¡Sáquelo!

Iván chasqueó los dedos y el perro abandonó su presa.

—Mierda, jefe. —Hutchins examinó la mordida que le sangraba en el brazo mientras se levantaba.

—Deberías agradecerme, Hutch. —Iván levantó del suelo la pistola P220 del mercenario—. Ibas a pasar mucha vergüenza con esa apuesta.

—¿Qué quiere decir?

—Estos zerg que ves acá son unos bichos bastante duros. Larvas, los llaman. En la guerra, era difícil bajarlos incluso con los rifles Gauss de los marines confederados. ¿Tu P220? —Iván miró el arma con desdén—. No habría servido de nada.

El jefe de Vik movió lentamente la pistola hacia uno de los zerg.

—La bala habría rebotado así—dijo, mientras apoyaba el arma sobre el alienígena y luego la levantaba formando un arco en el aire hasta apuntar a Hutchins. Se detuvo cuando la P220 quedó contra el pecho del mercenario—. Y habría terminado aquí.

Hutchins no dijo una palabra. Al jefe le gustaba hacer bromas, jugar con las personas. Vik nunca sabía si hablaba en serio o no. En una ciudad en la que la supervivencia dependía de adivinar el próximo movimiento del rival, la imprevisibilidad de Iván lo transformaba en un terror permanente.

—Ya ves. —Iván sonrió, le dio una palmadita en el hombro al mercenario con la mano que tenía libre y la tensión cedió—. Habrías sido el hazmerreír de todos de aquí a Moria. Todos los mercenarios del sector se habrían reído a carcajadas al recordar cómo te mató una larva zerg.

Hutchins soltó una risita forzada.

—Sí, sí. Ya veo.

—Ahora, por lo menos dirán que te maté yo.

Los disparos resonaron en los oídos de Vik cuando Iván apretó el gatillo y abrió un agujero a través de la armadura y el pecho de Hutchins. El cuerpo sin vida del mercenario cayó hacia atrás contra una pila de cajas como si fuese un muñeco de trapo.

Iván señaló el cuerpo del mercenario y chasqueó la lengua. El perro se abalanzó y comenzó a roer el cadáver.

—No es tan difícil, muchachos —dijo—. Ustedes me traen el producto, yo lo vendo. Hasta entonces, nadie lo toca.

Los mercenarios asintieron con la cabeza, sin ni siquiera volver a mirar a Hutchins. ¿Por qué iban a mirarlo? Ellos estaban vivos. Habían sobrevivido otro día. Y eso era lo único que importaba.

—¿Encontró un comprador, jefe? —Jace se rascó perezosamente la cicatriz.

Iván dio un puñetazo contra la caja congeladora.

—Resulta que el contrabandista que atacaron le estaba llevando esta propiedad a una rata de laboratorio que se llama Branamoor. Tuve que pedir muchos favores solo para conseguir esa información.

—¿Un comprador privado? —preguntó Jace.

—No creo —respondió Iván—. No era la primera vez que este contrabandista le llevaba carga, así que debe tener bastante para pagar. Probablemente es alguien de un gobierno, pero no pude averiguar de cuál. Puede ser umojano, pero apostarí a que es del Dominio. Siempre están metidos en alguna mierda. De todas formas, no importa. —Iván espantó un par de moscas que se acercaban al cuerpo de Hutchins—. Lo importante es que logré contactar a Branamoor a través de un intermediario. Tiene mucho interés en mantener en silencio todo este asunto. Si es del Dominio, lo que menos quiere es que haya un informe de la UNN para denunciar que trafica zerg vivos. Lo que *sí* quiere es a estas bellezas... Tanto que va a enviar a uno de sus asistentes a recogerlas. Será en cuatro días.

—¿Cuánto hay? —La pregunta de Jace resonaba en la cabeza de cada uno de los mercenarios. Les pagaban una parte de lo que se conseguía en el mercado negro por las mercaderías robadas. Una carga valiosa podía representar una pequeña fortuna.

—Lo sabrán cuando hagamos el intercambio, como siempre. Vuelvan a trabajar. —Iván se volvió hacia Vik y Serj mientras los mercenarios se dirigían lentamente a hacer el inventario de otras mercaderías secuestradas—. Siervos. Los compradores desean que estas muestras de ingenio terran estén en perfectas condiciones en el momento de la entrega. Y es mi intención complacerlos.

*La rata de laboratorio no sabe que están afuera de la caja*, se dijo Vik. Conocía el juego, nunca se muestran las cartas. Probablemente el comprador creía que el producto seguía guardado y a salvo. No entendía qué diferencia había, a menos que fuese peligroso dejar a los alienígenas afuera.

—Encierren a los zerg en una de las jaulas para perros vacías —continuó Iván—. Vigílenlos mientras reparan la caja. Si pasa algo, si alguien quiere joder, me avisan.

—Seguro, jefe. —Vik sintió escalofríos de solo pensar en meterse en una jaula con los zerg.

—El comprador los quiere vivos. ¿Entendido?

Serj se despertó de su aturdimiento y alejó la mirada de los zerg.

—Entendemos, jefe.

Vik asintió efusivamente y miró al mastín. La bestia sacó la lengua entre los colmillos amarillentos y lamió el charco de sangre que se había formado junto al cuerpo de Hutchins. Cuando Iván giró sobre sus talones y silbó, el animal salió sigilosamente junto a su amo dejando atrás los restos de su comida.

*Buen perro.*

\*\*\*\*

Las jaulas de los perros estaban al final de un largo corredor ubicado en la parte trasera. La única entrada era una puerta herrumbrada que daba a la parte central del desarmadero. El lugar estaba reservado para productos viejos que el jefe no había podido vender. Junto a las paredes se alineaban cajas con granadas y municiones de la época de las Guerras de Gremios, piezas de repuesto, insumos médicos y mercadería industrial. Los depósitos con restos de transportes y cazas de tipo Vengador ocupaban todo un lado del lugar. Vik había trabajado en todos estos vehículos alguna vez. Le había dado un nombre a cada uno. Le gustaban las máquinas, siempre le habían gustado. Salvo por alguna reparación mal hecha o alguna influencia externa, siempre se comportaban como era de esperar.

Con las formas vivas, en cambio... nunca se sabía cómo iban a actuar.

Después de elegir una jaula vacía, los siervos pusieron adentro la caja congeladora con los zerg. Vik aceptó hacerse cargo de las reparaciones con la esperanza de que si trabajaba con la caja sería más fácil ignorar la presencia de los alienígenas hasta que saliesen de su vida para siempre. Como tenía tiempo libre, Serj se apoyó en la jaula y se enterró por completo en una consola remota para buscar información sobre las larvas en la hipernet. La red estaba llena de planes militares secretos y documentos oficiales clasificados, en su mayoría material descartado que había quedado de los días de la Confederación. Si alguien sabía buscar, como Serj, podía encontrar lo que quisiese.

Cerca, diez mastines furiosos no paraban de aullar mientras golpeaban sus cuerpos metálicos contra la alambrada de su redil. Seguramente habían olido a los zerg. Vik resopló y golpeó con fuerza la valla de la jaula pero no dejaron de aullar y ladrar. Había oído decir que eran de Korhal IV y que solían ser unas criaturas tiernas y adorables. El mejor amigo del hombre. Pero después la Confederación atacó el planeta rebelde con miles de ojivas nucleares de tipo Apocalipsis y masacró a más de treinta y cinco millones de terran. Algunos de los perros sobrevivieron. Deformados por la radiación, se desperdigaron por los páramos de escoria y vidrios del desierto, y tuvieron que comer lo que sus sistemas digestivos con mutaciones pudiesen procesar. Eran verdaderos sobrevivientes, endurecidos después de haberse enfrentado a la extinción. Eso era lo que a Iván le gustaba de ellos.

Vik pensaba que eran un fastidio. Ignoró los ladridos y se concentró en levantar un par de cortinas térmicas para examinar los daños de la caja. Su visión se disolvió en un mar de patrones de calor en

constante cambio. Estelas de vapor azul helado se filtraban a través de los ocho agujeros de bala que adornaban la caja. El impacto de las balas también había creado fracturas invisibles a simple vista en la cubierta externa del congelador.

No había mucho que mirar en la coraza, aunque la tecnología que usaba era fascinante. Un motor termosónico que usaba ondas de sonido de gran amplitud para extraer el calor y mantener la temperatura helada que necesitaban los zerg. Unos delicados sensores transmitían el estado de cada larva a los tres pequeños monitores conectados en la parte superior de la caja. Todo el equipo funcionaba con una sola celda de energía. Material frágil. Y había sobrevivido a la balacera que Hutchins descargó contra el dueño original del contenedor, o por lo menos eso era lo que sabía Vik. Se necesitaban algunas reparaciones, pero eso era todo. Un par de días de trabajo.

Vik encendió una linterna de plasma y comenzó a trabajar. De vez en cuando le llegaba el audio de la consola de Serj.

*"... las larvas son la base del Enjambre, el elemento necesario para construir un ejército zerg. 'Sería correcto categorizar a estas criaturas como una súper caché biológica, pues contienen el ADN de toda la colectividad alienígena. Es por eso que pueden transformarse casi en cualquiera de las subespecies zerg'".*

—Con razón la rata de laboratorio quiere estas cosas, eh —Serj tocó la pierna de Vik con su bota—. Toda esa información guardada acá adentro... Debe valer una fortuna.

Vik asintió con un aire indiferente solo para serenar a su amigo. Esperaba que finalmente se aburriese de los videos, pero no fue así.

Unas horas más tarde, Serj sacudió las sombras que envolvían a Vik mientras golpeaba la consola.

—Tienes que ver esto. —Un collage de videos llenaba la pantalla: la transformación de las larvas en montículos de carne viva. Los capullos se iban abriendo y aparecían los monstruos que Vik había visto en la UNN: hidraliscos, zergueznos, mutaliscos y otras bestias grotescas. Criaturas del infierno.

*"Los amos supremos zerg emiten comandos psiónicos dirigidos a las larvas para iniciar su metamorfosis"* explicaba una voz apagada y monótona. *"La duración de la etapa de incubación depende de la complejidad del organismo final"*.

Vik miró a las larvas y se sobresaltó. Habían girado sus cuerpos largos y deformes en su dirección. Chasqueaban las mandíbulas mientras arañaban el suelo con sus patas flacas. Sintió escalofríos.

—Yo pensaba que no eran más que unas babosas gigantes —dijo Serj—. Pero son peligrosas.

—Todavía no se transformaron, y no creo que eso suceda. —Vik alejó la mirada de los alienígenas.

Serj giró la consola en dirección a las larvas y volvió a pasar los videos de las transformaciones.

—Bueno, quizás necesiten verlo. Aún no saben cómo hacerlo.

—Ya basta. —Vik pateó a su amigo—. ¿Acaso quieres que se transformen?

Serj se encogió de hombros.

—Me parece un desperdicio, no sé... Pueden ser mucho más que esto.

—Sí, y entonces nos devorarían.

—Quizás... —Serj hablaba como en sueños. Se recostó contra la jaula y comenzó a ver nuevamente los videos de las larvas transformándose. Los pasaba una y otra vez.

\*\*\*\*

—Coman, muchachos. —Serj vació dos raciones frente a los zerg. Entre las mandíbulas de las larvas aparecieron unos tentáculos de color rojo que se deslizaron hasta la comida. La tocaron unos segundos, pero no la comieron.

—Comida desperdiciada —refunfuñó Vik.

—Vamos, no es tan fea —les dijo Serj a los zerg.

*Clic.* Vik se sobresaltó al oír el sonido. Jace y otros dos mercenarios estaban parados en el borde de la jaula y sacaban fotos de los alienígenas con sus teléfonos.

—Qué bonitos. Miren qué lindos. —Jace se sonreía.

Vik los ignoró como siempre. Tarde o temprano se cansarían y se irían. Solo necesitaban confirmar que no eran el último peldaño de la escalera.

El metal chirrió cuando Jace abrió la puerta de la jaula y se metió adentro. Se agachó y extendió su enorme mano hacia el zerg.

—Todo eso que dicen en UNN, sobre lo terribles que son estas cosas...

Serj le apartó el brazo de un golpe. Vik giró lentamente, mientras gritaba en su interior. *Idiota.* ¿Qué le estaba pasando a su amigo?

—Te abrirían en dos si tuviesen su verdadera forma —dijo el siervo grandote—. Pueden convertirse en otros zerg.

—¡Tenemos un científico en el grupo! —se rió uno de los mercenarios.

Jace no se reía. Se levantó amenazante, con la mirada clavada en Serj.

—¿Me acabas de golpear?

En lugar de retroceder como debería, Serj adoptó la misma postura amenazante.

—No recuerdo que Iván les haya dicho que podían venir acá.

Los dos hombres siguieron mirándose durante un momento que pareció eterno, para decidir quién abandonarían primero.

—¡Les dije muy claramente que los zerg son intocables hasta que se haga la entrega! —la voz de Iván sacudió el lugar. Cuando vieron al jefe acercarse a la jaula, los mercenarios se apartaron con miedo.

—Solo queríamos echar un vistazo, jefe —dijo Jace mientras se tocaba la cicatriz—. No todos los días se pueden ver zerg.

—Ya vieron bastante.

Los mercenarios salieron sin discutir. Cuando se fueron, Iván solo pronunció una palabra:

—Estado.

—Pronto —respondió Serj.

—¿"Pronto"?

—Pronto, *jefe* —Vik corrigió a su amigo.

Iván le pegó un revés y Vik sintió cómo iba apareciendo el dolor en la comisura de la boca. Sin embargo, el jefe nunca apartó la vista de Serj. Mantuvo su dura mirada clavada en él. Vik vio cómo se le tensaban los músculos a su amigo, aunque después de un momento bajó los hombros.

—Pronto, *jefe* —dijo finalmente.

—"Pronto" es ayer. Tienen veinticuatro horas. —Iván se fue antes de que los siervos pudiesen responder.

—¿Estás bien? —Serj apoyó la mano en el hombro de Vik.

—No, y te lo debo a ti. —Se pasó la lengua por la herida del labio—. ¿Qué fue lo que te pasó?

—Es solo que... estoy cansado de aguantar tanta mierda.

—Yo también. Por eso no les doy ningún motivo para que me la tiren encima —le respondió Vik. Ninguno de ellos nunca había osado atacar a un mercenario. Siempre había que estar tranquilo, en eso consistía la supervivencia. Mantener la calma, pasar inadvertidos, obedecer. Esas eran las *reglas*.

—Ya lo sé. Pero cuando miro estas cosas... —Serj hizo un gesto para señalar las larvas—. Parece que no son nada, pero con todo ese ADN adentro podrían ser cualquier cosa. Me hace pensar... No importa.

Serj se apoyó contra la jaula y siguió mirando las imágenes en la consola. Vik se fue tranquilizando mientras volvía a su trabajo. Después de dos horas, pudo cubrir los agujeros de bala y las fracturas de la caja con restos de neoacero. Todo parecía estar mejor. Sin embargo, en el puerto por lo general eso significaba que algo malo estaba por pasar.

Vik encendió la caja pero solo hubo silencio. Se maldijo y volvió a inspeccionar el contenedor, y descubrió un pequeño pinchazo en la celda de energía que no había visto antes. Una astilla de bala de la P220 había atravesado el núcleo de la celda. Se podía reparar, pero para eso se necesitaba al menos una semana. El siervo buscó en el lugar y encontró tres fuentes de energía viejas. Podía usarlas para el

contenedor. Era peligroso: un error, y las celdas explotarían y le arrancarían las manos. Pero incluso eso era preferible antes que fallarle a Iván.

—Vik... —murmuró más tarde esa noche Serj—. ¿Cuánto tiempo más tardará?

—Medio día. —Vik retiró la microsoldadora de las celdas de energía y se limpió la transpiración y la suciedad de la frente—. Mucho tiempo antes de la entrega.

—Me parece que no tenemos tanto tiempo. —El siervo giró la consola remota hacia Vik. En la pantalla se veía una masa viscosa de color púrpura. Las larvas se arrastraban como nerratas sobre la carroña.

*"Para sobrevivir, las larvas necesitan talo, la biomasa con la que se alimentan las colmenas zerg. Si la larva está aislada del talo, su tiempo de vida se reduce drásticamente. En ese caso, el período de supervivencia puede ser de horas o días".*

—Horas —repitió Serj—. Por eso el comprador quería que se mantengan en la caja.

Vik se estremeció mientras en su cabeza giraban las imágenes del perro de Iván sorbiendo la sangre del piso y comiendo la carne fresca del cuerpo de Hutchins. Sin decir una palabra, se inclinó sobre la caja y apoyó la microsoldadora en las celdas de energía. Se concentró más que nunca en la tarea que tenía por delante, mientras el mundo a su alrededor se esfumaba. Continuó así toda la noche, con el cansancio y el terror reflejados en los ojos. Era el mejor trabajo que había hecho en su vida. Al mediodía había terminado, con las manos intactas. Activó la caja y todas las luces se encendieron en color verde. *Todo listo.*

—Lo logramos, Serj. Bueno, yo lo logré —bromeó Vik—. Otro trabajo hecho. Otro desastre que se evitaba. Un día más de supervivencia. Levantó los puños en señal de triunfo y giró para mirar a las larvas. Serj estaba acurrucado junto a una de ellas.

—Está muerta —dijo su amigo en un tono apagado—. Ya no mueve las patitas.

\*\*\*\*\*

—Se dará cuenta. —La microsoldadora tembló en la mano de Vik—. *Se dará cuenta.*

Colocaron a las larvas en la caja. La que estaba muerta quedó a la izquierda. Los monitores que mostraban los signos vitales eran bastante simples. Cada uno mostraba una luz verde o roja, para indicar si el espécimen estaba vivo o muerto. Eran fáciles de alterar, pero lo que importaba era saber si Iván se lo creería. El jefe de Vik era muy meticuloso con sus productos.

—Olvídalo. —Serj se paseaba alrededor de la jaula—. No importa.

—¿Cómo que me olvide? —Vik colocó los contactos del monitor sobre la larva muerta. La luz pasó de rojo a verde—. Tenemos dos opciones: o le decimos, o lo engañamos. Y no recomiendo la primera opción.

—O las llevamos. Y las vendemos nosotros. —Serj se agachó cerca de Vik y habló en voz baja—. Piénsalo. Siempre hablamos de escapar de este lugar, ¿no? Este es el momento. Las larvas valen una fortuna. ¿Por qué el comprador va a venir a un basurero como este a recogerlas si no fuese así? Si es

cierto que la rata de laboratorio es de un gobierno, no haría negocios con gente como Iván a menos que estuviese desesperado.

—Son propiedad de Iván.

—Él las robó. Tenemos tanto derecho como él.

—¿Qué es lo que te pasa? Un día estás bien, y al día siguiente ya no...

Serj emitió una risa seca y triste.

—¿Ya no, qué? ¿Ya no actúo como un perro? ¿Ya no me escondo cada vez que oigo cerca las botas de Iván? Todas las mañanas hacemos nuestro ritual para recordar siempre que no somos animales. Y después venimos a este lugar y nos tratan como bestias. Ya estoy cansado de eso... nada más... solo estoy cansado...

—No llamamos la atención. Esperamos el momento justo y ahorramos créditos. Así es como lo vamos a hacer. Eso es lo que me enseñaste.

—Hace años que trabajamos, ¿y qué conseguimos? Nada. Si nosotros...

—¡Siervos! —gritó Iván. Se dieron vuelta para ver al jefe que se acercaba a la jaula—. Estado.

—Recién terminado, jefe —dijo Vik. Por primera vez en su vida se alegraba de ver a Iván. Tenía la esperanza de que la presencia del jefe ayudase a Serj a recobrar el sentido común—. Los zerg están adentro, bien guardados.

Iván abrió la caja y miró a las tres larvas cubiertas por una nueva capa de escarcha. Vivas o muertas, el aspecto era el mismo. Los tres monitores de la caja brillaban con luces de color verde.

Vik contuvo la respiración hasta que el jefe asintió.

—Bien. Acá ya terminaron.

El siervo esperó hasta que Iván no pudiese oírlos antes de hablar.

—Vamos. Ya basta de locuras.

—No. —Serj no se movió del lugar—. La locura es vivir como vivimos. Podríamos hacer lo que se nos da la gana... ser lo que se nos da la gana... pero aceptamos que nos traten así. Ya es demasiado tiempo. ¿Me vas a ayudar o no?

—Yo... Es muy peligroso, viejo. Es...

Serj se acercó a Vik y tomó las alas de piloto. Tiró con fuerza y rompió el cordel de goma.

—¿Por qué las usas si estás conforme con pasar la vida entera como uno de los perros de Iván? Trabajarás y trabajarás, y un día vas a morir. A nadie le importa. Naciste como siervo portuario, y vas a morir como siervo portuario.

Suficiente. Ya era suficiente. La emoción se adueñó de Vik, que se tiró encima de Serj. Su amigo lo sujetó del cuello y lo arrojó contra la alambrada de la jaula.

—Vete. Corre a casa. —Serj se guardó las alas en el bolsillo. —Espera el llamado de Iván como un buen perro.

Eso hizo Vik, mientras la furia crecía con cada paso que daba. Serj... ¿Qué le había pasado? Si quería suicidarse, allá él. ¿Cómo iba a sacar a los zerg del desarmadero? ¿Dónde iba a conseguir un comprador?

Cuando Vik llegó a la nave, los ojos le ardían. Entró rápidamente para que nadie lo viese, antes de que empezasen las obras del puerto. El llanto solo lo hizo enojar más. Tomó una llave y comenzó a golpear con furia la vieja consola donde él y Serj pasaban horas jugando a ser pilotos, imaginando que estaban volando sobre una selva exótica y hablando sobre sus planes para salir de ahí.

Después de destrozar la consola hizo pedazos la vieja cabina, y luego se acurrucó en el desvencijado asiento de piloto. Aferró el viejo tejido de espuma y enterró la cara en la tela húmeda. Lo peor era saber que Serj tenía razón. Vik había huido como un perro azotado a la primera señal de peligro para salvar el pellejo. *Naciste como siervo portuario, y vas a morir como siervo portuario.*

\*\*\*\*

*No vayas. No hagas caso. Espera hasta que pare.*

Era de noche. El transmisor de Iván sonaba en la muñeca de Vik.

*No vayas.*

Sin embargo, allá fue.

Cuando Vik entró al desarmadero esperaba ver el cuerpo despellejado de Serj colgando de las cadenas, pero todo parecía normal. Algunos mercenarios daban vueltas por ahí ordenando las cajas de envíos en el salón central, Jace estaba mirando videos de UNN en una pantalla, y los demás jugaban a las cartas, fumaban sus cigarros y tomaban trago tras trago de Scotty Bolger's Old número 8.

Todos se dieron vuelta para mirar a Vik cuando entró. Casi nunca lo miraban.

Iván apareció y, sin decir una palabra, lo llevó a la habitación trasera. Solo un par de luces estaban encendidas y no se veía bien, pero Vik adivinó la silueta de la caja congeladora, exactamente donde la había dejado.

Quizás Serj había desistido de su estúpido plan. Quizás había recobrado el sentido común y había vuelto a los callejones para dormir y olvidarse de ese estúpido plan suicida que se le había ocurrido. O quizás se había jodido.

—Estos zerg tienen un precio muy alto, ¿sabías? —preguntó Iván.

Vik caminaba con cuidado. Temía que este fuese otro de los juegos de Iván.

—Me imagino, jefe.

Iván metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de créditos, que tintineaban en su mano.

—Los muchachos van a conseguir una buena parte, y me parece que también debería tocarte algo.

Vik se quedó mudo. Con la mirada hambrienta clavada en las monedas, sintió que el alivio lo inundaba. *Serj... Pedazo de idiota. No llamamos la atención. Esperamos el momento justo y ahorramos créditos. Esas son las reglas.*

—La lealtad siempre es recompensada —dijo Iván mientras le pasaba el otro brazo por la espalda y giraba en dirección a la jaula principal.

—¿Los ves? —El jefe apuntó con la barbilla hacia los perros, que habían dejado de ladrar. Siempre se callaban cuando Iván estaba cerca. El siervo intentó ver a través de las sombras que rodeaban la jaula.

—Todos me preguntan por qué siempre tengo cerca a los perros. Creen que es porque amo a los animales. No es eso. Es porque son leales. Eso es lo primordial. Eso es lo que nos separa de las bestias como los zerg.

Vik oyó a los perros que se paseaban y aplastaban las patas en una sustancia pegajosa y húmeda.

—Si hay algo que no soporto, es la desobediencia. Lo sabes.

Iván abrió de golpe la puerta de la jaula y metió a Vik de un empujón. El siervo dio algunos pasos vacilantes, sin saber qué hacer, mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Los perros parecían resplandecer... No... Era algo húmedo que brillaba en sus cuerpos. Todo parecía mojado.

—Anoche, el otro siervo trató de robarse los zerg. Mi producto. No llegó muy lejos. Dijo que trabajaba solo, que tú no sabías nada.

Sangre. Era sangre lo que cubría el piso, lo que cubría a los perros. Uno de los mastines roía un hueso enorme. Un hueso humano. Vik retrocedió mientras su cerebro intentaba procesar la horripilante escena, pero Iván lo tomó del cuello y lo tiró al piso. Las rodillas del siervo golpearon con fuerza el suelo y las manos resbalaron hacia adelante. La sangre se le metía entre los dedos.

Y allí mismo, adelante de sus ojos, sobre un montón de pedazos de tela y cartílagos, estaban las alas de piloto a medio masticar.

—No sabías nada, ¿no? —continuó Iván.

—Yo soy leal, jefe. ¡Soy leal! —gritó Vik.

—Puede ser. Pero no puedo dar una recompensa si no me dan toda la información, ¿verdad? —Iván volvió a meterse los créditos en el bolsillo. Se agachó y su boca quedó junto a la oreja de Vik. Su aliento caliente apestaba a tabaco y whisky.

—La próxima vez que sepas que alguien trata de joderme, *me avisas*.

Iván le dio un último empujón que le hundió la cara en la sangre.

—Limpia la jaula antes de irte. Te avisaré cuando llegue el próximo cargamento. —La puerta de la jaula se cerró con fuerza detrás de Vik. El sonido metálico de las botas del jefe se fue alejando lentamente.

El siervo aferró las alas de piloto y cerró los ojos para que todo desapareciese, pero la sangre seguía ahí en la oscuridad. Enormes olas de color rojo estallaban en su mente. Las imágenes de lo que había visto le quemaban la corteza visual y revivían con más fuerza por el miedo. Trastabilló a ciegas al intentar salir de la jaula, mientras las manos y las piernas resbalaban sobre el brillante piso rojo. Una marea caliente con gusto metálico le subió por la garganta hasta la boca. Vomitó y comenzó a temblar. Golpeó la cabeza contra la valla hasta que sus manos encontraron la puerta, y con una embestida frenética logró salir. Quedó tirado en el piso, respirando pesadamente por el agotamiento. Sin embargo, el terror había desaparecido. Todos sus sentimientos se habían desvanecido, como si se hubiese desconectado del mundo exterior en un intento inútil por olvidar las oleadas de horror. Vik se quedó mirando el techo con el cuerpo entumecido.

Lentamente, en lo profundo de un lugar más allá de la conciencia, se abrió una línea de fractura que atravesó al siervo por la mitad. Vik, el soñador, el amigo, el terran, quedó hundido para siempre en los lagos de sangre que seguían desbordando su mente. Lo único que quedaba era la bestia que había tratado de sofocar todos estos años, el testigo mudo que se escondía detrás de sus ojos, gobernado por oscuras y primitivas redes neuronales que la conciencia nunca había osado recorrer. El ritual ya no existía. La supervivencia pasiva ya no tenía sentido. El siervo tenía hambre de más.

El dolor le laceró la palma de la mano. La abrió y vio las alas de piloto a medio masticar con un hilo de sangre fresca en el lugar que le había perforado la piel. Observó el líquido de color rojo que bajaba por las líneas de la mano. Ese líquido transportaba el código genético de toda una especie.

Era la misma sangre que corría por las venas de Iván y cualquiera de los otros hijos de puta que conocía. Simplemente habían aprendido a usarla de otra forma. Las larvas no eran diferentes, pensó mientras giraba la cabeza para mirar la caja congeladora. Tenían la capacidad suficiente para hacer un cambio aun más grande. Todo ese poder encerrado bajo los oscuros caparazones... Todo ese potencial. Eso debió haber quebrado a Serj: la idea de una transformación tan radical que había cambiado por completo su visión del mundo. No más "Naciste como siervo portuario, y vas a morir como siervo portuario".

Pero las larvas no tenían la clave para activar el cambio. No tenían lo que Vik tenía, lo que Iván le había dado.

El siervo se lamió la herida y saboreó su dulzor. Podía oír a la distancia las risas que llegaban desde el salón central del desarmadero, el ruido de las fichas de póker que celebraban el cercano día de pago. La mirada de Vik recorrió las piezas de repuesto, los vehículos oxidados y las cajas como si viese todo por primera vez, a través de los ojos de una criatura que acababa de nacer en un foso de metales retorcidos. Antes el lugar era una prisión, pero ahora era un patio de juegos lleno de herramientas que él sabía cómo usar. Su propia selva de neoacero.

\*\*\*\*

A la mañana, Iván y sus hombres entraron al salón trasero. Vik lo observó desde las vigas.

—¡Día de pago! —rugió Jace.

—El comprador llegará en media hora, muchachos —dijo Iván mientras se acercaba a las jaulas con los otros mercenarios—. Cargamos la caja, salimos todos, hacemos la entrega y luego volvemos y repartimos las ganancias. Lo de siempre. Que sea rápido y...

—¡Jefe! —Jace se detuvo junto a la jaula principal. La caja estaba adentro con la tapa abierta. Al costado, se veía un agujero gigante en la alambrada de la jaula, como si algo la hubiese atravesado.

—Los zerg. ¡Abrieron la caja! —gritó otro mercenario.

—No pueden abrir las cajas —gruñó Iván—. ¿Jace?

—Hice las rondas tal como me dijo, jefe —respondió el hombretón—. Nadie puede haber salido con los zerg.

Vik había visto a Jace ir y venir por el lugar. El siervo había trabajado toda la noche, escondido en las sombras cada vez que el mercenario hacía su inspección.

Los ojos de Iván recorrieron el lugar.

—Entonces, están aquí. ¡Vacíen cada una de esas cajas!

Los hombres corrieron a un lado y al otro del estrecho salón, nerviosos por la incertidumbre. Los perros aullaban más fuerte que nunca con los colmillos llenos de espuma. Podían oler el miedo.

—¡Ahí hay uno, jefe! —Jace señaló la parte superior de una pila de cajas. El caparazón de púas de una larva se asomaba por el borde, en el lugar donde Vik la había colocado. El mercenario trepó por la pila de cajas y agarró al alienígena. La criatura tenía el cuerpo pegado con adhesivo industrial y se había convertido en una especie de pelota gigante. Vik le había encontrado una utilidad a la larva muerta.

—Debe de haberse arrastrado hasta aquí —Jace hizo girar al alienígena—. Está hecho un ovillo.

—¡Entonces desenróllalo y colócalo en la caja! —ordenó Iván—. Encuentren a los otros.

—Vamos a ver, bichito —Jace sujetó cada uno de los extremos de la larva con sus enormes manos—. No te vas a ningún lado.

Vik deslizó hacia abajo las cortinas térmicas para amortiguar el calor y la luz. *Empieza el show.*

Jace dio un tirón para abrir a la larva, y al hacerlo activó el racimo de granadas que Vik había puesto en la barriga del alienígena. Por la explosión, las piernas del mercenario salieron disparadas como cohetes en direcciones opuestas, mientras el resto de su cuerpo caía como una lluvia de trozos de maquinaria biomecánica.

Vik se acercó rápidamente al panel de control que había improvisado y conectado a los cables eléctricos, y activó una serie de interruptores. El primero causó una sobrecarga en el sistema eléctrico y cortó la luz. Los generadores de reserva se encendieron y las luces estroboscópicas de emergencia tiñeron el lugar de color púrpura.

El segundo interruptor detonó el puñado de granadas que Vik había distribuido en las cajas apiladas contra la pared del fondo. El lugar se llenó de bolas de fuego y las paredes temblaron bajo el ruido

atronador. Millones de pedazos de material ardiente volaron por todo el lugar y se clavaron en los cuerpos de los mercenarios. Iván perdió casi un tercio de sus hombres.

—¡ZERG! —gritó alguien.

Los mercenarios salieron corriendo en todas direcciones para buscar refugio. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Todos los mercenarios vaciaron sus pistolas, escopetas y rifles de asalto disparando inútilmente a las sombras.

Vik activó el último interruptor. Las cargas de termita incendiaron la zona que rodeaba las jaulas de los perros. La alambrada se derritió al instante y los animales aterrorizados se escaparon abalanzándose sobre cualquier cosa que se interpusiese en su camino. El caos era total.

El siervo bajó una escalera de mantenimiento y se metió en un depósito de vehículos vacío donde había guardado a las otras dos larvas en un remolque. Lo empujó y comenzó a andar a toda velocidad en medio de esa carnicería, con las cortinas térmicas que le permitían tener visión preternatural.

Corrió a lo largo de uno de los costados del salón, con el remolque entre él y el frenesí de mercenarios y perros enloquecidos. Una lluvia de balas perdidas rebotó contra los caparazones de las larvas y volvió hacia la masa de hombres.

Vik logró salir. Tiró las cortinas térmicas y llevó el remolque hacia el Puerto del Muerto. Fue derecho al puerto estelar. Al recordar su huida, se dio cuenta de que Iván había desaparecido durante el combate. Se maldijo por no haberlo notado antes. La ausencia del jefe debió haber sido una advertencia.

Sintió el motor de un transporte que rugía detrás. Las ruedas se clavaban en la suciedad. Vik echó un vistazo por encima del hombro y vio al jefe, que guiaba la bestia metálica de cuatro ruedas en su dirección. Vik se metió en las calles traseras del lugar que tanto conocía. Después de un par de vueltas y giros consiguió perder de vista el transporte, pero aún oía el rugido del motor que resonaba en los callejones. Era imposible saber dónde estaba.

Los demás siervos se asomaron en los hogares improvisados con restos de chatarra de naves para ver lo que pasaba. Vik no les hizo caso y apretó los dientes mientras seguía empujando el remolque. Estaba llegando al otro lado de la calle cuando el transporte de Iván apareció en una esquina.

Todo sucedió tan rápidamente que Vik apenas atinó a retroceder mientras el vehículo golpeaba con furia el remolque. Por el impacto, una de las larvas quedó destrozada y la otra larva y Vik volaron por los aires. Vik cayó rodando en el suelo, lleno de magullones pero vivo.

El revuelo atrajo a más siervos, que llegaron corriendo a través de las calles, esquivando y trepando cascotes rotos de naves y torres de restos retorcidos de neocero. Decenas de ojos bestiales incrustados en caras oscuras contemplaron la escena. No tenían intención de intervenir. Habían venido para mirar. Una lucha significaba muerte, y la muerte equivalía a carroña.

Iván salió del transporte con un punzante en la mano. Levantó un pedazo de la larva muerta, la miró unos segundos y luego la tiró al otro lado de la calle con un bramido de furia. Vik nunca había visto semejante demostración de sentimiento en su jefe. El siervo sintió una amarga satisfacción por haberle sacado la máscara.

—¿Qué parte de nuestra charla no entendiste? —preguntó Iván—. No eres más que mierda, de la cabeza a los pies. ¡Un animal como el resto de estos insectos! —gritó mientras agitaba el arma y señalaba a los siervos.

A menos de un metro de Vik, la larva que quedaba viva arañaba la calle sucia con sus patas. El siervo la acercó para usarla como escudo e intentó pararse.

Iván avanzó a grandes zancadas y apuntó el punzante en dirección al siervo, pero después se arrepintió.

—No. Te voy a romper la cabeza como hice con el otro. Lloraba, ¿sabías? Se quejaba como un perro. Ni siquiera tuvo la dignidad de morir como un hombre.

La risa se transformó en una tos seca, y comenzó a salirle sangre por la boca. Vik sintió que el corazón se le aceleraba. Observó mejor a su enemigo y notó una mancha de color rojo apenas visible a la altura del estómago, parcialmente oculta por el traje de color negro. *Una bala perdida en medio del tumulto...*

Las glándulas de Vik segregaron una oleada fresca de adrenalina. Su visión se agudizó al máximo mientras clavaba los ojos en ese animal herido que estaba allí en su territorio. La sangre aullaba en sus venas y se sintió invadido por una poderosa sensación de invencibilidad. No era un siervo. Era la expresión más pura de la supervivencia, el portador de un código genético perfeccionado por la selección natural en el transcurso de la existencia terran.

—Que esto sea una advertencia. —Iván aferraba el uniforme de Vik mientras les hablaba a los demás siervos—. Mi producto, mi...

Vik hundió los dientes en la mano de Iván y arrancó un pedazo de carne. Saltó hacia adelante mientras balanceaba la larva. El jefe comenzó a disparar justo cuando el caparazón lleno de púas del zerg le atravesaba el traje, la piel y la carne.

Al instante, Vik inmovilizó a Iván contra el suelo y comenzó a golpearlo con la larva una y otra vez. El caparazón se estrelló en miles de trozos afilados como agujas y le destrozó los huesos. La sangre le pedía más, y Vik se dedicó a satisfacer sus ansias hasta que su jefe no fue más que una presa callejera muerta. El siervo se levantó mientras sostenía a la larva en lo alto. La sangre le cubría el cuerpo como una nueva piel, un símbolo de superioridad más persuasivo que las amenazas, los títulos o las promesas de créditos.

La mayoría de los siervos que miraban se mantuvieron a la distancia. Algunos incluso se encogieron hasta rozar la tierra en una especie de reverencia animal. Sin embargo, uno saltó hacia adelante y tomó el arma de Iván, asaltado por el deseo de derrotar al nuevo líder y reafirmar su dominio.

Un grito inhumano salió de las entrañas de Vik mientras clavaba su bota en el esternón del rival. El otro siervo aulló de dolor y rodó por el suelo. Se arrastró lentamente en señal de derrota con los ojos en el piso. Vik se dio cuenta de que todos miraban hacia abajo. Ninguno tenía el coraje de mirarlo a los ojos. Tenían miedo. Los tenía en su poder.

—¡La tienda de Iván está abierta! ¡El primero que llega es el primero en elegir! —rugió.

Los siervos lo aclamaron y levantaron en alto los puños sucios, y luego salieron corriendo en dirección al desarmadero. Vik no podía ir con ellos porque debía ocuparse de la fortuna que tenía en sus manos. Las patas de la larva se agitaban en el aire. Vik se preguntó si comprendía su victoria, si sabía todo lo que había logrado bajo sus órdenes.

\*\*\*\*

Vik estacionó el transporte de Iván en el límite del área de aterrizaje que hacía las veces de puerto estelar de la ciudad. Saltó del vehículo vestido con una camisa y pantalones gastados. Se había quitado el uniforme y lo había colocado alrededor de la larva para no llamar la atención de los oficiales del puerto estelar. La ropa ocultaba por completo al alienígena, y Vik parecía solo un siervo más que transportaba desechos inútiles.

Estuvo a punto de pasar de largo ante la nave del comprador. La rata de laboratorio había actuado con astucia. La nave desgastada y de apariencia normal encajaba perfectamente en el puerto. Lo que la delataba era el hombre regordete que esperaba afuera, prolijamente afeitado y vestido con un uniforme de color negro impecable. El representante de Branamoor. Vik recordó lo que Iván había dicho. El hombre probablemente estaría en problemas si no fuera por los guardias armados (mercenarios, por lo que se veía) que tenía a su alrededor.

Vik se dirigía a la nave cuando sintió una tremenda fatiga. Los golpes y las heridas que se había ganado en las últimas horas revivieron con fuerza. Parecía que la larva pesaba toneladas en sus brazos. Cuando quiso acomodar al zerg, entre los pliegues del uniforme aparecieron las alas de piloto. El siervo se quedó mirándolas por un momento, sin reconocerlas de inmediato.

Sin embargo, algo en su interior las reconoció. La niebla primigenia que aturdiría su mente pareció disolverse. Los fragmentos de su anterior personalidad, celosamente guardados en el subconsciente, se agitaron con inquietud. Luchó por evadirlos. Esos resabios débiles e innecesarios solo atentaban contra su supervivencia.

*"No somos como ellos, eso es lo importante. No somos animales".* Escuchaba la voz de Serj en su cabeza.

—Cállate... —gruñó Vik. Pisó con fuerza las alas para silenciar esa voz no deseada. En su interior, su otra mitad salía a la superficie de la conciencia armada con recuerdos, responsabilidades y culpas.

*"Cuando logremos salir de aquí, vamos a pasearnos entre las personas. Seremos verdaderos terran".*

Vik tropezó. Las imágenes del día anterior pasaban por su mente como los vagones de un tren: el cuerpo despedazado de Jace, los mastines desgarrando las gargantas de los mercenarios aterrorizados, y los restos de Iván tirados en la calle. En realidad no había visto nada de eso mientras sucedía. No había sido él; era otra persona. Otra cosa.

—Vik... —dijo el siervo mientras caía sobre las rodillas—. Yo soy Vik.

El representante del comprador lo miró con repulsión, sin advertir la carga atesorada bajo el uniforme ensangrentado. Los ojos de ese hombre, fríos y calculadores, le recordaban a Iván. El siervo abrazó a la larva en un gesto de protección mientras pensaba en figuras indiferentes enfundadas en trajes blancos de laboratorio, escarbando en el alienígena y pinchándolo con extraños dispositivos. La libertad estaba al alcance de las manos, a solo unos metros, y lo único que se necesitaba era una vida más, la vida de un alienígena que ni siquiera podía pensar. Solo un sacrificio más para terminar con esta travesía de sangre...

—Los dos nos olvidamos... —Vik tomó las alas de piloto del suelo, se dio vuelta y se alejó del representante de Branamoor—. Los dos jodimos todo. Debería haberme quedado... haberte convencido para que no lo hicieras. Podríamos haber encontrado otra manera.

Cayó rendido por el cansancio al llegar a los límites del puerto estelar. Permaneció sentado en el lugar durante horas, mirando las naves que llegaban y se iban. Finalmente, la nave de la rata de laboratorio partió sin ninguna carga.

La larva murió más tarde esa noche. Sus patitas dejaron de moverse y el cuerpo se puso rígido. Vik cavó una fosa y puso al alienígena adentro. Se quedó junto a la tumba, pensando en todos los videos de UNN que había visto acerca de los zerg. Cualquiera otro terran habría dicho que la larva era un monstruo, pero no el siervo. Esa pequeña criatura no había llegado a convertirse en un ser monstruoso. Los zerg cambiaban la piel cuando se transformaban en máquinas de matar, pero los de la clase de Vik eran siempre iguales. Escondían su bestialidad bajo máscaras cuidadosamente maquilladas. Quizás por eso su especie era más peligrosa que un millón de alienígenas sedientos de sangre embistiendo contra una colonia indefensa. Al menos a los zerg se los veía venir cuando atacaban.

Vik comenzó a cubrir la tumba con tierra, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se dio cuenta de que en medio de su ataque de terror y frialdad no había sentido nada por la muerte de Serj. Cuando bajó la vista para mirar a la larva a medio enterrar, esos sentimientos adormecidos revivieron. Era la primera vez en su vida que veía algo muerto y sintió una profunda tristeza. Supo por primera vez lo que significaba sentirse como una persona de verdad.

A la mañana siguiente, Vik le entregó el transporte de Iván a un grupo de contrabandistas a cambio de un lugar en el compartimento de carga de su nave. Nunca preguntó a dónde se dirigían. Salvo por el montón de ropa que llevaba y las alas de piloto de Serj en su bolsillo, había dejado todo atrás. Era solo Vik cuando subió por la rampa de embarque de la nave. El soñador. El amigo. El terran.